

Introducción

Toda discusión sobre la “democracia” tiene una carga valorativa, pues el término pertenece por derecho propio al dominio de la ideología y la utopía. Esto sucede necesariamente con los conceptos que, dentro de las ciencias sociales, se refieren a procesos, tendencias o movimientos históricos hacia estados “deseables”, o que tienen implicaciones potenciales directas de políticas públicas, tales como “democracia”, “desarrollo”, “participación social”, “gobernabilidad”, etcétera.¹ Aunque parezca paradójico o contradictorio, a pesar de que no se puede evitar partir de posturas valorativas, las ciencias sociales deben *tender hacia* un cierto alejamiento axiológico con respecto a sus objetos de

estudio, aunque quizás frecuentemente no lo logren. Pero las ciencias sociales, a diferencia de las naturales, confrontan objetos que nos *envuelven*, en el doble sentido de que nos rodean y nos involucran a quienes nos dedicamos a ellas como profesión. Es decir, *somos parte de aquello que analizamos*. En una doble hermenéutica, interpretamos nuestras propias acciones e interpretaciones y las de nuestros semejantes.² Es difícil que un electrón critique el orden subatómico por “injusto” y que proponga mejores formas de “convivencia nuclear”; pero no se pueden soslayar las inequidades e injusticias sociales y humanas, en aras de una “objetividad científica”, imposible de lograr. Conceptos como “democracia” evocan y proponen proyectos utópicos de convivencia y orden social.³ Con frecuencia, cuando se define el concepto, más que aducir datos de la experiencia, o

¹ “Estados deseables”, por lo menos, para algunos actores sociales. Lo “deseable” para unos intereses no necesariamente lo es para otros. Así, por ejemplo, no hemos sido capaces –los humanos– de ponernos de acuerdo sobre el modelo de desarrollo que nos “conviene” a todos. Véase, por ejemplo, Alejandro Portes y D. Kinkaid, *Teorías del desarrollo nacional*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1990; J. Sheadan, *Modelos de desarrollo en América Latina*, CONACULTA/Alianza, México, 1990; A. O. Hirschman, *Desarrollo y América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

² Anthony Giddens, *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, University of California Press, Berkeley, 1984

³ Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000; David Held, *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.

casos existentes o que han existido, se hace referencia a aspectos “deseables” que caracterizarían un estado ideal, utópico.⁴ De hecho, se suele partir de un “tipo ideal” de democracia para después comparar el modelo ideal con el o los casos concretos que se analizan. Por otro lado, un adecuado equilibrio entre la teoría y la evidencia empírica, acompañado por una posición ética apropiada, puede llevar hacia avances epistemológicamente sólidos en el conocimiento, seguidos por propuestas utópicas “realistas”, es decir, *realizables*, en beneficio de la propia especie humana y su convivencia con el entorno en que le tocó existir.⁵ En eso consiste la *ciencia social crítica*. No se niegan los valores y las convicciones, pero se opera con *rigor* lógico, teórico y metodológico, a fin de aportar conocimiento nuevo y útil.⁶

En todo caso, creo en la necesidad y en la posibilidad de que la democracia se

amplíe y profundice en México, en tanto forma *participativa y deliberativa*, dialógica, de convivencia social y política. Como se argumentará adelante, la comunicación es consustancial a la democracia. En este sentido, los medios masivos de comunicación han tenido y deben seguir teniendo un papel importante en los procesos democratizadores, aunque como se verá después, no se tiene la certeza de que los medios pueden cumplir un papel de “variables independientes” por sí solos y dada la forma prevaleciente, concentrada, en que se han desarrollado en prácticamente todos los países.⁷

Otra aclaración pertinente: no creo que exista (todavía) o que haya existido ya la sociedad completamente ideal: igualitaria, participativa, solidaria y justa,⁸ y por lo tanto, que la historia haya llegado todavía a ningún fin y consecuentemente no hay aún registro de una democracia “total” o “completa” o “terminada”. En la producción de conocimiento, el hombre sola-

⁴ Luis Salazar y José Woldenberg, *Principios y valores de la democracia*, IFE, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, núm. 1, México, 1997.

⁵ Enrique E. Sánchez Ruiz, “Notas sobre el problema de la validación empírica en la sociología del desarrollo”, en *Revista Encuentro*, El Colegio de Jalisco, vol. 2, núm. 2, enero-marzo de 1985.

⁶ Enrique E. Sánchez Ruiz, *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1992.

⁷ Enrique E. Sánchez Ruiz, “Los medios y la democracia en América Latina: El problema del huevo y la gallina”, en *Comunicación y Sociedad*, núm. 20, enero-abril de 1994.

⁸ Estos son algunos rasgos que caracterizarían a mi “sociedad ideal”. Afortunadamente, hay todavía mucha gente en el mundo que los comparte. Desafortunadamente, algunos de los intereses dominantes no comparten ese tipo de valores.

mente puede aspirar a un eterno acercamiento, siempre asintótico, a la verdad; de la misma forma, en el campo de la construcción de una “mejor sociedad”, dadas las contradicciones de la naturaleza humana, también solamente podemos ir generando *acercamientos* históricos sin que podamos llegar a algo así como “el cielo en la tierra”.⁹ Siempre habrá algo que mejorar (o qué “componer”, que descompusimos antes). No creo que la historia se “termine” nunca, como no sea con el holocausto nuclear o algo similar que lleve al fin del mundo. La democracia, como cualquier otro proceso histórico, no es entonces un “estado final”, sino precisamente un *proceso histórico*, en flujo continuo, devenir constante, sin punto de llegada final. Se tiene que ir constituyendo históricamente; se debe mejorar continuamente. Si bien es mucho lo que se ha avanzado en las concepciones de la democracia desde los griegos, y en su ejercicio social, hay mucho que podemos hacer para perfeccionarla, porque incluso, a

veces, en nombre de “la democracia” los hombres hemos cometido algunas barbaridades históricas.¹⁰

En este trabajo primero proponemos una serie de definiciones sobre comunicación, democracia, poder, medios, etcétera, para después hacer un repaso sobre algunos aspectos que las ciencias políticas, la sociología política y otros dominios de las ciencias sociales, incluyendo los estudios sobre medios de comunicación, han contribuido al conocimiento sobre las interacciones entre la comunicación, el poder, la política y la democracia. Llegamos a una conclusión intencionalmente ambigua, que refleja la complejidad del asunto: si bien la comunicación es un aspecto constitutivo, condición necesaria –aunque no suficiente– para la existencia de la democracia, los modernos medios de comunicación –que no siempre lo son plenamente de *comunicación*– no necesariamente favorecen su desarrollo y eventual consolidación. Esto, en virtud de la tendencia histórica recurrente hacia la concentración en la propiedad, el control y el acceso. Los medios se conceptúan aquí como recursos –potenciales– de

⁹ Francis Fukuyama, *The End of History*, The Free Press, MacMillan, Nueva York, 1992, “Pensando sobre el fin de la historia diez años después”, en *El País*, 1999, en www.mty.itesm.mx/dch/deptos/ri/ri95-801/lecturas/lec245.html, y “Entrando en la poshistoria”, en *Textual*, núm. 9, enero de 1990, en www.mty.itesm.mx/dch/deptos/ri/ri95801/lecturas/lec023.html.

¹⁰ Algunos ejemplos en Paul Treanor, “Why Democracy is Wrong”, en <http://web.inter.nk.net/users/Paul,Treanor/democracy.html>; Véase David Held, *Modelos de democracia... op. cit.*

poder y en tanto tales pueden ser utilizados, *o no*, democráticamente, lo cual propicia, *o no*, la democracia en la sociedad. El énfasis, entonces, es más que en la comunicación en general, en el papel real y potencial de los medios de comunicación para propiciar los procesos de transición y eventual “consolidación” democrática.¹¹ Desde una perspectiva histórico-estructural, los medios de comunicación se piensan aquí también como instituciones sociales y actores sociopolíticos que operan en el flujo sociohistórico a partir de acciones individuales y de grupos, pero articuladas en una densa trama con las estructuras de la sociedad: económica, política, cultural y social. Como todo en la historia, los medios cambian constantemente a partir de las determinaciones sistémicas que sus múltiples articulaciones les imponen, como constricciones y grados de libertad, contribuyendo a la vez al cambio histórico.

¹¹ Se usan las comillas en “consolidación” en virtud de las dudas que hemos expresado en el párrafo anterior, sobre algún “lugar de llegada” de la historia, además de que incluso en países donde se podría considerar casi plena y ejemplarmente consolidada la democracia, de repente ésta parece dejar mucho que desear. Nos gustaría saber qué opinaría Alexis de Tocqueville sobre la elección de George W. Bush, “en América”.

Desarrollamos el tema a partir básicamente de una revisión de la literatura pertinente y disponible. En algunos casos, hay libros o materiales de investigación muy recientes sobre algunos de los temas tratados aquí. Sin embargo, se privilegia en el texto referencias más antiguas, algunas de ellas “clásicas”, especialmente con dedicatoria a los lectores más jóvenes, a quienes a veces se les hace creer que se comenzó apenas “ayer” a pensar, a teorizar y a investigar empíricamente sobre democracia, política o comunicación. Esto también tiene dedicatoria hacia quienes cultivan, o gustan de cultivar y seguir, modas intelectuales. El gran problema con las modas es que llegan a “sustituir” y “superar” teorías, hipótesis, enfoques y paradigmas que luego resulta que no necesariamente estaban equivocados, simplemente eran incompletos. En general el contenido de una moda intelectual suele ser adecuado para llenar algún espacio vacío, pero, de nuevo, el error consiste en la adopción de algo nuevo “tirando a la basura” lo que estaba antes. A veces, al revisar los textos antiguos se sorprende uno de cómo ya estaban prefigurados muchos análisis, temas, enfoques, etcétera, que hoy son parte del discurso de un autor “de moda”. Por lo menos, nos negamos a creer –o a admitir– que todas nuestras lecturas de juventud hayan sido “un

desperdicio”.¹² En todo caso, pedimos al lector exigente que juzgue este escrito no en términos de si está haciendo uso de la retórica de moda o citando a los autores de moda, sino en términos de su contribución a un entendimiento *inicial* al tema. De cualquier manera, al final añadimos una bibliografía más amplia que la citada o referida, como una guía sobre el tema de las articulaciones entre los medios, la política y la democracia. Por otro lado, hay por ahí algunas pocas aportaciones propias, desde una perspectiva histórico-estructural.

En líneas generales, entonces, lo que se ofrece aquí es un modelo histórico-estructural elaborado para guiar el análisis concreto de situaciones concretas respecto

al papel que cumplen y pueden cumplir los medios de comunicación en la democratización de una sociedad. Si bien algunas veces se proveen ejemplos empíricos o históricos, se trata de eso, meros ejemplos, no de un juego más completo de hipótesis y evidencias que las sostengan o no, en un modelo más explicativo. Por tal razón, a pesar de que esperamos ayudar al lector a comprender mejor las relaciones posibles y reales entre la democracia y la comunicación, también se busca motivar la realización de investigaciones empíricas sobre algunas de las dimensiones que aquí se enuncian. En lo que *definitivamente no* consiste este trabajo, es en ninguna suerte de “manual” de campañas políticas o electorales. Es un análisis de ciencia social, aunque se intenta usar un estilo de divulgación.

En este escrito se vierten juicios de valor y enunciados críticos, la mayoría propios, aunque a veces a partir de citas de otros autores; sin embargo, este autor se responsabiliza totalmente por ellos. La institución editora no tiene por qué compartir ninguna de tales proposiciones valorativas y críticas.

Agradezco al IFE la oportunidad que me brindó de poner juntas una serie de ideas y consideraciones sobre democracia y

¹² Para el campo de estudios de la comunicación se recomienda leer a Armand Mattelart y Michèle Mattelart, *Historia de las teorías de la comunicación*, Paidós, Barcelona, 1997. Dos recuentos de la ciencia política reciente que –por lo menos en parte– recuperan algo de las tradiciones anteriores, pero que, más importante aún, señalan las nuevas tendencias hacia la hibridación enriquecedora de enfoques y teorías, son: Alain Remes, “Elección racional, cultura y estructura: Tres enfoques para el análisis político”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, núm. 1, enero-marzo de 2001; Alberto Aziz Nassif, “La ciencia política: Empirismo, fortaleza vacía, hibridaciones y fragmentos”, en P. González Casanova (coord.), *Ciencias sociales: Algunos conceptos básicos*, Siglo XXI/UNAM, México, 2002.

comunicación. En el proceso de elaboración del Cuaderno me dedicó asistencia Narda Quezada, gracias al apoyo del Sistema Nacional de Investigadores. También agradezco los comentarios y sugerencias de los miembros de mi “cuerpo académico”: Marco Antonio Cortés

Guardado, Armando Ibarra López y Francisco de Jesús Aceves González. Este último me proporcionó una actualización bibliográfica de mucha utilidad. En cualquier caso, los errores u omisiones que pudieran haber quedado son totalmente responsabilidad del autor.

ENRIQUE E. SÁNCHEZ RUIZ